que ora tercera vez, ¿qué mucho que me la dilaten no mereciendo yo ser oido? Y si esta dilacion no fué para su daño, tampoco será para el mio; y si persevero, sin duda seré oido á su tiempo en lo que me conviniere, ya que no por merecerlo como amigo, siquiera por importuno (1).

3. Finalmente, ponderaré cómo el Padre Eterno dilató tanto el oir la oracion de Cristo nuestro Señor, para darnos á entender la grande necesidad que nosotros teniamos de la pasion y muerte de su Hijo, pues se detenia en responderle cuando le pedia, que si era posible se impidiese; lo cual me obliga mucho á amarle, pues tanto estima mi bien. Oh Padre soberano, ¿por qué amais tanto á los esclavos, que quereis por su causa afligir á vuestro Hijo? ¿Por qué os haceis del sordo á su demanda, dejando de cumplir su deseo, por respeto de los que nunca cumplen el vuestro? Si haceis la voluntad de los que os temen, y oís su ruego con presteza (2), ¿cómo no haceis la voluntad de quien tanto os ama; y en clamando le decís: *Aquí estoy* (3), qué me quieres? Vuestra caridad, Dios mio, y la de vuestro Hijo, es causa de esto; porque en el modo que Vos quereis no oirle, él tambien quiere no ser oido, estimando en más nuestra salvacion que su vida. Concédeme, Señor, esta conformidad con vuestra voluntad en cualquier cosa que ordenáredes, pues aunque sea por mi culpa, no será para mi daño, por el grande amor que teneis á vuestro Hijo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

(1) Luc. XI, 8.—(2) Ps. CXLIV, 19.—(3) Isai. LVIII, 9.

MEDITACION XXII

DE LA APARICION DEL ÁNGEL, Y DEL SUDOR DE SANGRE

PUNTO PRIMERO

1. El Padre Eterno envía un ángel para que conforte á su Hijo.—2. Es de creer que aquel ángel fuese San Gabriel.—3. De qué manera y con qué reverencia el ángel consoló al Señor. Aprendamos de éste á recibir con humildad consuelo de cualquiera persona.

Estando Cristo nuestro Señor en su oracion, se le apareció un ángel que le confortó (1).

1. Sobre este punto se ha de considerar, quién envió este ángel, qué ángel era y en qué manera le confortó. Quien le envió fué el Padre Eterno, el cual viendo á su Hijo en tanta afliccion y desamparo, y que todavía perseveraba en su oracion, para que se echase de ver que tenia providencia y cuidado de él, y que no despreciaba su oracion, envió del cielo este mensajero, que en su nombre le consolase; así como en el desierto cuando venció al demonio, envió ángeles que le diesen de comer, con lo cual juntamente nos enseña el cuidado paternal que tiene de los que oran, enviándoles á su tiempo el consuelo con algun ángel invisible, que es su santa inspiracion; y si dilata esto, no es porque les aborrezca, sino para enviárselo al tiempo que más les conviene. Oh Padre celestial, gracias te doy por

(1) Luc. XXII, 43.

el cuidado que tuviste de enviar quien confortase á tu desconsolado Hijo; por él te suplico no me desampares en mis trabajos, sino que á su tiempo me des el consuelo y esfuerzo conveniente para poder llevarlos.

2. El ángel que vino, es de creer que fué San Gabriel, á quien estaba encargado el servicio del Verbo encarnado (1), no como ángel de guarda, sino como ministro y ejecutor de lo que tocaba y pertenecia al misterio de la redencion; y aunque no vino sino un ángel solo, porque éste bastaba para el fin que se pretendia de confortar á Cristo; pero si fueran menester diez legiones de ellos, poderosa era su oracion para alcanzarlos de su Padre, como él mismo lo dijo poco despues. En lo cual se nos representa, cómo el oficio de los ángeles es asistir á los que oran para consolarlos, y animarlos, y para presentar á Dios sus oraciones y traer el despacho de ellas; y con la oracion les provocamos á que vengan en nuestra ayuda todos los que fueren menester para ella.

3. Llegado, pues, el ángel en forma visible, habló á Cristo nuestro Señor con gran reverencia y con semblante muy compasivo, poniéndole delante algunas razones que podian consolarle y confortarle en su afliccion; es á saber: que era voluntad y decreto del Padre Eterno, que muriese, y bebiese aquel cáliz, que era necesario para remedio del mundo, para rescatar los justos que estaban en el limbo, para poblar el cielo y para cumplimiento de las profecías; y que los trabajos pasarian presto, y luego se seguiria la gloria de la resurreccion y el

(1) D. Th. 1, p. q. 113 a 4 ad 1.

descanso perpétuo de su carne. Estas y otras razones le diria el ángel, y Cristo nuestro Señor con humildad las oia, mostrándose en cuanto hombre necesitado del consuelo de sus criaturas; y aunque sabia muy bien todo lo que el ángel podia decirle, gustaba de oírselo, y se confortaba con ello. Oh Salvador mio, ¿cómo siendo tú el consuelo y esfuerzo de los ángeles, te has puesto en necesidad de ser confortado por uno de ellos? Tu caridad ha hecho esto, por la cual te doy innumerables gracias, y te suplico me ayudes, para que me aproveche de los consuelos y avisos que me diere, así el ángel de mi guarda, como tú, que eres ángel del gran consejo.

Tambien de este ejemplo sacaré aviso para sujetarme con humildad á recibir consuelo de cualquier persona, aunque sea ménos sabia y discreta que yo, y aunque yo sepa todo lo que me puede decir; porque muchas veces, por medio del menor, consuela Dios al mayor y le da nuevo sentimiento de las verdades que ántes sabia, y tomaré aviso para sacar razones más divinas que humanas con que consolarme en mis trabajos, y oir tambien las que el Espíritu Santo consolador suele inspirar al corazon para su consuelo.

PUNTO SEGUNDO

1. La primera causa del sudor de sangre, fué la lucha de la parte superior con la inferior. Cómo hemos de luchar á imitacion de Cristo.—2. La segunda causa, fué su amor para con nosotros.—3. La tercera, el sentimiento de nuestros pecados.—4. La cuarta, el sentimiento de las futuras aflicciones de sus escogidos. Debilidad de Cristo despues del sudor de sangre.

En oyendo Cristo nuestro Señor las razones del ángel, puesto en agonía oraba más prolijamente, y vínole un sudor como de gotas de sangre, que caian en la tierra (1).

1. Sobre este paso tan lastimoso se han de considerar las causas de este sudor tan extraordinario y prodigioso, en el cual se manifestó la terribilidad de la afliccion interior que padecia el ánima santísima de este Señor, ponderando cómo dentro de ella se levantó una lucha terribilísima entre el temor y la tristeza de la muerte, y de los tormentos por una parte, y el celo de la gloria de Dios y del bien de los hombres por la otra. La imaginativa, con la viva aprension de los dolores, avivaba los afectos del temor, tristeza y congoja interior; pero la razon superior, con las conveniencias de la muerte por las causas dichas, avivaba los afectos del celo y del amor, resistiendo á los otros que le detenian, y con esta lucha creció tanto la congoja, que vino á reventar la sangre por sudor de todo el cuerpo en tanta abundancia, que corrió hasta la tierra. Oh Luchador fortísimo, ¿qué necesidad teneis de pelear

(1) Luc. XXII, 43-44.

contra los temores y tristezas con tanto celo, pues en todo están sujetas á vuestra voluntad? ¿Por ventura es ensayaros para la lucha que os espera con los verdugos y sayones? ¿O es pasear la carrera de vuestra pasion ántes de veros en ella? ¿O es darme ejemplo de luchar contra mis pasiones, resistiendo valerosamente hasta derramar la sangre por vencerlas? Por todo os doy inmensas gracias, y os suplico me prevengais con vuestra gracia, para que luche con grande fortaleza.

El modo de luchar contra mis pasiones, á imitacion de lo que aquí hizo Cristo nuestro Señor, ha de ser poniendo delante de los ojos distintamente todas las cosas que me causan temor y espanto en el camino de la virtud y en el cumplimiento de la divina voluntad, ora sea temor de pobreza ó desprecio, ó de algun dolor ó enfermedad, ó cualquier otra dificultad, y contra todas luchar con gran valor, procurando con el celo fervoroso de la gloria de Dios y de mi salvacion, vencerlas y rendir mis apetitos á la divina voluntad, resistiendo á mis inclinaciones, hasta que reviente la sangre, por el santo coraje que concibo contra ellas.

2. Lo segundo, tengo de ponderar la inmensidad del amor de Cristo nuestro Señor, y la liberalidad grande que muestra en derramar su sangre por nosotros de su voluntad; por razon de lo cual en el libro de los *Cantares* es comparado al árbol de la mirra (1), el cual primero destila como sudor por los poros el licor que se llama mirra, y despues es punzado y descortezado para que la brote con más abundancia; así Cristo nuestro Señor no quiso espe-

(1) Cant. V, 13.

rar á que los verdugos sacasen su sangre con los azotes, espinas y clavos, sino ántes de esto quiere que su imaginacion y su santo celo, sean sus verdugos, sus azotes y clavos, aprendiendo tan al vivo todos los tormentos que habia de padecer en cada parte de su cuerpo, que bastase á sudar sangre por la cabeza, rostro, espaldas, pecho y las demás. De modo, que en aquella hora padeció espiritualmente de tropel y por junto lo que despues habia de padecer en diferentes horas, como si en su espíritu fuera preso, azotado y coronado de espinas, crucificado, ahcleado y atormentado con dolores de muerte, para que entendiese, que más ganas tenia él de derramar su sangre por nuestro bien, que los verdugos de sacársela para hacerle mal. Oh árbol de mirra benditísimo, que ántes de ser punzado y descortezado, brotas la mirra primera por los poros de tu cuerpo; gracias te doy por este amor tan liberal y por esta liberalidad tan amorosa que aquí mostraste. Bastaba, Señor, ser una vez atormentado; mas tu caridad quiere mostrarse tan liberal, para que nuestra redencion sea más copiosa, y el ejemplo que nos das de padecer más eficaz. Oh quién le pudiese imitar, cogiendo un hacecico de esta mirra primera, y poniéndole entre mis pechos (1), para que pensando con dolor las amarguras que aquí padeciste, mis manos destilasen mirra muy escogida (2), castigando con penitencias mi carne, como tú afligiste la tuya. Ayúdame, Amado mio, con tu gracia, para que cumpla este deseo con fortaleza.

3. La tercera causa de este sudor fué, para mostrar el vivo y tierno sentimiento que tenia de nues-

(1) Cant. I, 12.—(2) Cant. V, 5.

tros pecados, y de las llagas mortales que padece todo el cuerpo místico de su Iglesia, para cuyo remedio quiso, como cabeza nuestra, tomar la purga y medicina de dolor interior con tanta vehemencia, que sudó sangre por todo su cuerpo natural; y como los pecados se purgan y perdonan con lágrimas nacidas de este dolor, el suyo fué tan excesivo, que no sólo derramó lágrimas por los ojos, como gotas de agua, sino derramólas por todos los poros del cuerpo como gotas de sangre, que bañaron la tierra. ¡Oh sangre preciosísima, derramada por mis pecados con infinito amor y excesivo dolor! ¡Oh quién fuera la tierra en que caiste, para quedar limpio y santificado con tu baño! Lávame, oh buen Jesus, con esa sangre, y aplícame una gota de ella, pues una basta para mi salud. Y ¿qué digo para mi salud? Para la salud de todo el mundo bastara una sola. Pues, ¿por qué, Salvador mio, derramas tantas? Oh amor sin medida, ¡quién te amase sin medida! Oh si todos los miembros y partecicas de mi cuerpo se convirtiesen en lenguas para alabar tus misericordias, y en ojos para llorar lágrimas de sangre por mis pecados.

4. La cuarta causa fué, para mostrar el sentimiento grande que tenia de las aflicciones y tormentos que habia de padecer el cuerpo místico de sus escogidos, cuyos trabajos sintió tanto, que por la compasion de ellos derramó sangre; y como dice San Lorenzo Justiniano (1), allí fué espiritualmente apedreado con San Estéban, crucificado con San Pedro, aspado con San Andrés, desollado con San Bartolomé, asado en parrillas con San Lorenzo,

(1) Lib. de Triumphali Christi agone, c. 19, n. 40.

despedazado de bestias con San Ignacio; y en resolucion, padeció con el espíritu lo que sus mártires padecieron en el cuerpo, y en testimonio de esto suda sangre por el suyo. Dignísimo eres, oh Salvador de los hombres, que todos te alaben, sirvan y amen por este amor que les mostrastes. Oh quién me diese que sintiese yo tanto tus dolores, que sólo el pensamiento de ellos me hiciese sudar sangre; porque si la cabeza siente tanto el dolor de los miembros, razon es tambien que los miembros sientan el dolor de su cabeza.

Finalmente, tengo de ponderar, cuán debilitado quedaria nuestro dulce Jesus de este sudor, y cuán solo estaba, sin tener con qué enjugarse, ni quien le aliviase. Solamente el ángel, pasmado de esta extrañeza, le confortaria de nuevo, hasta que fué tiempo de partirse. Oh afligido Jesus, ¡quién se hallara en ese huerto para haceros compañía en este trabajo! ¡Oh quién pudiera daros su alma y corazon, para enjugar vuestro sudor con algun alivio! Dadme, Señor, licencia para que con el espíritu me halle presente á vuestro tormento, y haga con verdadera compasion, lo que entónces quisiera hacer para vuestro consuelo.

PUNTO TERCERO

En las palabras que dijo el Señor á sus apóstoles se ha de considerar: 1. El ánimo que sacó la carne de Cristo de la oracion.—2. Su compasion para con los discípulos.—3. El cuidado que de ellos tuvo.

Acabada esta lucha y sudor de sangre, Cristo nuestro Señor se levantó de la oracion, y volvió tercera vez á sus discípulos; y hallándolos durmiendo, los despertó diciéndoles: *Basta ya, levantaos y vamos de aquí, porque ya se acerca el que me ha de entregar* (1).

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, el ánimo y esfuerzo que la carne de Cristo nuestro Señor sacó de la oracion para acometer los trabajos de la pasion, enseñándonos con este ejemplo la eficacia de la oracion, para fortalecer á la carne flaca, y darla vigor para acometer lo que ántes aborrecia y huia.

2. Lo segundo ponderaré, la mansedumbre de este Señor, qué con haberse visto tan congojado, y ver á sus discípulos tan descuidados y dormidos, no se indignó, sino compadeciéndose de ellos, les dijo: *Dormid y descansad.* ¡Oh buen Jesus, cuánta mayor necesidad teníades Vos de dormir y descansar! Pero como buen Padre, quereis para vuestros hijos el descanso, y tomais para Vos el trabajo.

3. De ahí á un rato los despertó y dijo: *Levantaos, que ya viene el traidor.* Como quien los reprendia amorosamente, diciendo: Vosotros, mis amigos, dormís, y mi enemigo no duerme. Con lo cual me tengo de confundir, viendo que los malos son más diligentes en perseguir y ofender á Cristo que yo en servirle; pero confiado en la virtud de este Señor, tengo de levantarme como los discípulos, y acompañarle en sus trabajos, ofreciéndome con prontitud á sufrirlos por su amor.

(1) Luc. XXII, 45, Marc. XIV, 41-42, Matth XXVI, 46.

MEDITACION XXIII

POR APLICACION DE LOS SENTIDOS INTERIORES DEL ALMA, CERCA DE LA SANGRE QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DERRAMÓ EN EL HUERTO

PUNTO PRIMERO

Mirar con la vista interior el derramamiento de sangre, ponderando quién la derrama, por qué causa, cómo y con qué afecto.

Lo primero, con la vista interior del alma, miraré la sangre que vierte Cristo nuestro Señor, ponderando quién es el que la derrama, por qué causa, con qué modo y con qué afecto; es á saber: cómo la derrama Dios por mis pecados con infinito amor, excesivo dolor y desprecio, y cómo sale matizada con los vivos colores de sus virtudes, humildad, paciencia y caridad, sacando de aquí afectos de admiracion, amor, agradecimiento y de imitacion, en esta forma: ¡Que es posible que un Dios de tan infinita majestad derrame sangre tan preciosa por una criatura tan vil como yo! ¡Y que tan á costa suya busque mi remedio, haciendo de su sangre medicina para mí, pecador! ¡Oh bendita sea bondad tan sin medida! ¿Qué alabanzas te daré, Señor, por tanta merced? ¿Cómo te amaré de todo mi corazon? ¿Y cómo imitaré tus gloriosas virtudes? Yo propongo con tu gracia de imitarlas, aunque sea derramando mi sangre por seguirte en ellas.

PUNTO SEGUNDO

Oir los clamores que da la sangre de Cristo: pidiendo misericordia al Padre; exhortándonos á resistir al pecado; oir las palabras de Cristo; escuchar sus gemidos y el gotear de la sangre.

Lo segundo, oiré con los oidos del alma las palabras, voces y clamores, que suenan con el derramamiento de esta sangre, y con el ejercicio de tantas virtudes. Lo primero, oiré cómo esta sangre clama y da voces al Padre Eterno, no pidiendo venganza como la sangre de Abel (1), sino pidiendo misericordia y perdon para los hombres, alcanzando lo que pide, porque no puede el Padre Eterno dejar de oir este clamor. De donde sacaré grandes afectos de confianza para pedir por esta sangre perdon de mis culpas. Lo segundo, oiré las voces que me da Cristo con esta sangre, diciéndome: Pues yo doy mi sangre preciosa por tu provecho, dame tu sangre vil por mi servicio, resistiendo al pecado, y derramándola si fuere menester, por no hacerle. Lo tercero, tambien oiré las palabras que el Salvador diria á su Eterno Padre, ofreciéndole su sangre por nosotros. ¡Oh cuán bien las recibiria su Padre aceptando la oferta y prometiendo darle cuanto le pidiese por ella! Lo cuarto, oiré los gemidos del Salvador y el ruido de la sangre que vertia, compadeciéndome de sus dolores, y sintiéndolos como si fueran mios, y llorando mis culpas, que fueron causa de ellos.

(1) Hebr. XII, 24.

PUNTO TERCERO

Oler con el olfato interior: la fragancia de esta sangre, en particular cuando se ofrece en la Misa; el aroma de las virtudes de Cristo.

Lo tercero, se ha de oler con el olfato interior, la fragancia y olor suavísimo de esta sangre, que sube al Eterno Padre, aplacando con esta suavidad su ira é indignacion mucho mejor que con el sacrificio sangriento de animales que Noé le ofreció (1). ¡Oh cuán bien le huele verla derramar con tanto fuego de amor, ofreciéndosela á su Hijo en sacrificio y ofrenda por nuestras culpas, *entregándose*, como dice San Pablo, *á sí mismo por oblacion y sacrificio en olor de suavidad* (2). Tambien ponderaré, cuán bien le huele, cuando nosotros se la ofrecemos en el sacrificio de la misa, sacando grandes afectos de amor y confianza por todo esto. Tambien he de oler la fragancia de las virtudes olorosísimas que acompañan este derramamiento de sangre de Cristo, y con este olor (3) confortaré mi corazon para imitarlas corriendo tras Cristo por darle un alcance en ellas; ponderando qué humildad, paciencia y obediencia, teñidas con mi sangre, mezclada con la de Cristo, son muy olorosas y agradables al Padre Eterno, por la semejanza que tienen con las de su Hijo, y así me animaré con gran fervor á procurarlas.

(1) Gen. VIII, 20.—(2) Ephes. V, 2.—(3) Cant. I, 3.

PUNTO CUARTO

Gustar la dulzura de esta sangre y de las virtudes del Señor, particularmente en el Santísimo Sacramento; cómo endulza los trabajos de esta vida; gustar las amarguras y dolores de Cristo.

Lo cuarto, se ha de gustar con el gusto interior del alma, la suavidad y dulzura de esta sangre y de las virtudes que en su derramamiento resplandecen, viendo el gusto de la parte superior del espíritu con que este Señor la derrama, y cuán sabroso le es derramarla por obedecer al Eterno Padre, y para nuestro remedio. Item, gustar la suavidad de esta sangre cuando se bebe en el Sacramento del altar, recreando mi alma con esta dulzura y deseando siempre tener parte en ella. Gustar tambien la dulzura inmensa que tiene para endulzurar todas las cosas amargas de esta vida, mojándolas en ella, haciendo propósitos de tomarla por salsa de la obediencia y humillacion, y de los trabajos y desprecios que se me ofrecieren. Tambien he de gustar las amarguras y dolores que este Señor padece en su carne, y sentirlas dentro de mí, conforme á lo que dijo San Pablo: *Sentid en vosotros, lo que en Cristo Jesus* (1). ¡Oh dulcísimo Jesus, quién pudiera sentir lo que sentias, y gustar lo que gustabas, cuando derramabas por mí tu preciosa sangre! Dámelo á sentir, aunque sea muy amargo, porque habiendo pasado por ti, para mí será muy dulce.

(1) Philip. II, 5.

PUNTO QUINTO

Aplicacion del tacto, besando la sangre de Cristo y bañándome en ella.

Lo quinto, con el tacto interior del alma se ha de tocar esta sangre, besarla y bañarme con ella, para quedar limpio, blanco y puro con la sangre de este cordero sin mancilla (1). ¡Oh quién fuera la tierra en que cayó esta preciosa sangre! ¡Oh si mi corazon fuera relicario en que estuviera depositada! ¡Oh sangre de Jesus, derramada con infinito amor, abrásame en amor del que por mí te derramó! ¡Oh sangre vertida con excesivo dolor y desprecio, enciéndeme en deseo de padecer dolores y desprecios por quien te vertió! Oh sangre de mi Señor, que en el Sacramento del altar entras dentro de mi pecho; yo te toco y te palpo, te gusto y te abrazo, y me incorporo y junto contigo, y deseo estar siempre abrazado y unido con quien te me dió, por todos los siglos. Amen.

(1) Apoc. I, 5 et VII, 14.

MEDITACION XXIV

DE LA VENIDA DE JUDAS CON LOS SOLDADOS Á PRENDER Á CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LO QUE SUCEDIÓ ÁNTES DE LA PRISION

PUNTO PRIMERO

1. Impiedad y desvergüenza de Judas en ejecutar su traicion contra el Señor.—2. Mansedumbre y caridad de Cristo, dejándose besar del traidor, llamándole amigo.—3. Amorosa reprension que dió Jesus á este mal discípulo.

Estando Cristo nuestro Señor en el huerto con sus once apóstoles, llegó Judas con un escuadron de soldados con su tribuno y con otros magistrados y ancianos, y muchos criados de los pontífices y fariseos, á los cuales dijo Judas: A quien yo besare, ese es Jesus, prendedle y llevadle con cautela. Y acercándose á Jesus, besóle, y díjole: Dios te salve, Maestro. El Señor le respondió: Amigo, ¿á qué has venido? ¿Y cómo, Judas, con beso entregas al Hijo del hombre? (1).

1. Sobre este paso se ha de considerar, lo primero, las marañas y trazas que inventó Satanás, por medio de Judas para prender á Cristo nuestro Señor, parte con violencia de muchos soldados, muy desaforados, parte con astucia y doblez, encubriendo la traicion con beso de paz. Ponderaré la maldad de este traidor, que de apóstol de Cristo se hizo capitan y guía de traidores y enemigos capitales de Cristo, y les da consejo de lo que han de ha-

(1) Ioan. XVIII, 3, Marc. XIV, 44, Matth. XXVI, 48-49-50, Luc. XXII, 48.